

TRADUCCIONES ALFONSIES DE AGRICULTURA ARABE

EL mismo día del VII Centenario de la muerte de Alfonso X el Sabio (4 de abril de 1984) escribí públicamente (1) que este monarca no había sido sólo el indudable creador de la prosa artística castellana, sino acaso el máximo émbolo de la cultura española. Nunca se han acometido en una sola vida, y a la vez, tan gigantescas empresas. Baste citar algunos inmensos bloques: la *Crónica General de España*, la *Grande e General Historia* (es decir, la historia universal a enorme escala), la renovación jurídica que culmina en las *Partidas*, los *Libros del Saber de Astronomía* y las *Tablas alfonsíes*, las *Cantigas de Santa María*. ¿Que no todo esto lo hizo por sí mismo? ¡No faltaba más! ¿Cómo podría pensarse otra cosa? Lo hacían unos equipos internacionales. Pero aparte la supervisión del lenguaje, que en buena parte nos consta hecha por él, al rey correspondió elegir a los componentes de cada equipo, designarles los temas, dirigirlos, fomentarlos, hacerles eficazmente trabajar. ¿Se ha logrado algo parecido dentro de España en cualquier otra época? Jamás.

En el mismo escrito aludí a una falsa opinión generalizada, pero nada original, porque se ha dicho de otros personajes, empezando por Alejandro Magno, que tampoco la merece. Voy a condensarla en la frase del Padre Mariana: «Contemplaba el cielo y miraba las estrellas, mas en el entretanto perdió la tierra y el reino.» Se trata de una injusticia. El Rey Sabio no fue, ni podía serlo, un guerrero de la talla de su padre, San Fernando; pero desempeñó su papel (yo no digo nunca «jugar un papel»)

(1) *No m'a dexado*, en «ABC» de Madrid de esa fecha, p. 3.

con autoridad y eficiencia. Fue desgraciado, pero en eso no mandan los hombres. ¿Quiere decirse, además, que era un «sabio distraído», incapaz de lo frívolo y de lo práctico? Ahí están para desmentirlo las piedras preciosas del *Lapidario* y el ajedrez y el tric-trac del *Libro de los juegos*. La anécdota imputadora se cifra a veces en que el astrónomo que contempla obsesivamente el giro de los astros cae en los hoyos del suelo. ¿Fosas en la tierra? Aparte los naturales o circunstanciales, son los agujeros que se abren para la siembra y el abono, los surcos del arado, las excavaciones a las que se trasplantan esquejes y árboles. ¿Es que Alfonso X no se ocupó de agricultura? Este es el tema de mis palabras.

Un gran rey, como él, que se empleó a fondo en todas las cuestiones que atravesaban el cielo cultural de su época, no podía desentenderse de la agricultura. La agricultura, hasta los tiempos modernos, y todavía no ha perdido del todo su preeminencia, era el eje sociológico, económico y político del Estado. Bastará —en aras de la brevedad— citar la antiquísima sentencia que rueda por la literatura persa: «No hay reino sin hombres, ni hombres sin riqueza, ni riqueza sin labranza, ni labranza sin justicia.» Sobre agricultura y política hemos de volver. Por el momento contentémonos con decir que a Alfonso X no podía escapársele este asunto, y no se le escapó. Añadamos —más por lo que tiene de riesgo que de mérito— que creo ser el primero en afirmarlo expresamente, aunque es muy cierto que los datos que lo autorizan han sido descubiertos por otros, a los que no sé qué rara timidez impidió formular la afirmación.

*
* *

En su libro *Las traducciones orientales en los manuscritos de la Biblioteca Catedral de Toledo*, pp. 92 y ss. (Madrid, 1942), el ilustre hebraísta don José María Millás Vallicrosa, Correspondiente que fue de esta Casa, descubrió en un manuscrito de esa procedencia, hoy en la Biblioteca Nacional con el n.º 10.106, fragmentos de dos traducciones castellanas de tratados árabes de agricultura, y acabó publicándolos (2). El manuscrito es de principios del siglo XV; pero Millás advirtió inmediatamente que el literalismo de las versiones «las emparentaba con las

(2) *La traducción castellana del "Tratado de Agricultura" de Ibn Wāfid* (en «Al-Andalus», VIII, pp. 281-332, 1943) y *La traducción castellana del "Tratado de Agricultura" de Ibn Baṣṣāl* (*ibid.*, XIII, pp. 347-430, 1948). Abrevio «Al-Andalus» en AA.

traducciones del período alfonsí», y que si bien el códice es tardío, «podemos datar las traducciones castellanas en época bastante anterior» (AA, VIII, p. 298, 1943). No pasó de ahí. Pero que tácitamente ambas versiones son hoy consideradas como del siglo XIII lo revela que el manuscrito ha figurado en la exposición de preciosos objetos de la época de Alfonso X que ha tenido lugar en el Hospital de Santa Cruz de Toledo. Yo estimo que hay que dar el paso definitivo, declararlas alfonsies e incluirlas en el programa cultural del Rey Sabio. Tal vez cosa así se dijera en el prólogo a las versiones; pero ocurre que el códice, sobre ser tardío, está acéfalo, y repitamos que ha llegado a nosotros fragmentario.

Cuando Millás descubrió en 1942 estos textos, y bastantes años después, no se conocían sus originales árabes ni era fácil identificar a los autores.

El primero en descubrir el original árabe del texto inicial fui yo mismo, por la casualidad de haber comprado en Tánger (1945) un libro impreso en Fez, nada científico, que lo publicaba a base de un manuscrito privado marroquí. Inmediatamente lo señalé en un artículo (3) que me ha valido el impensado honor de figurar en todas las bibliografías sobre agricultura árabe, y, en el fondo, que en este momento hable ante ustedes. Posteriormente han aparecido, también en Marruecos, otros códices de ambos textos. En cuanto a la identificación de los autores, Millás acertó desde el principio en señalar que el segundo texto era del *Kitāb al qaṣd wa-l-bayān* de Ibn Baṣṣāl de Toledo; pero tocante al primer texto, cuyo original fui el primero en señalar, Millás lo atribuyó a Ibn Wafid, y en este punto las cosas no están tan claras. Volveremos a ello, tras un paréntesis.

*
* *

Conviene, en efecto, dar antes breve idea de lo que fue la producción geopónica arabigoandaluza. Por supuesto, voy a prescindir de un epígono del siglo XIV: Ibn Luyūn, curiosísimo polígrafo almeriense, al cual, con motivo muy distinto, he dedicado un largo estudio (4). Era Ibn Luyūn capaz de versificar cuanto le ponían por delante, e hizo un poema agríco-

(3) *Sobre agricultura arabigoandaluza: cuestiones bibliográficas* (en «Al-Andalus», X, pp. 127-146, 1945).

(4) *Los proverbios rimados de Ben Luyūn de Almería (1282-1349)*, en «Al-Andalus», XXXVII, pp. 1-75, 1972.

la, editado y traducido por la inolvidable Joaquina Eguaras, Correspondiente que fue de esta Casa (5), y que, sin merecer desdén, dista de ser, como apuntó Henri Pérès —¡qué más hubiéramos querido!—, una especie de *Geórgicas* de la España musulmana. También voy a omitir toda referencia a las ciencias anejas: calendarios, botánica, farmacología, zootecnia, albeitería, etc. Hago el sacrificio con pena, pues tendría que haber hablado del botánico anónimo sevillano de cuya obra extrajo Asín tantas voces romances, y de la gran empresa científica —ésta en equipo— que fue en al-Andalus desde el Califato la traducción e interpretación del famoso libro de Dioscórides. Igualmente dejaré a un lado las falsas identificaciones, el desdoblamiento de un personaje en dos, o, al revés, la aglutinación de dos personajes en un solo nombre.

Si fuese cierta la aparición de un manuscrito agrícola del gran Abū-l-Qāsim Zahrāwī, el llamado *Albucasis* (m. 1010), que anunció Henri Pérès (antiguo amigo mío, que no sé si vive aún, pero que se retiró hace mucho de los estudios), la ciencia geopónica arabigoandaluza habría empezado en Córdoba; pero por el momento se trata de un código fantasma. Limitándonos a datos más exactos, relativos a los Reinos de Taifas, inventariemos seis autores:

1.º El famoso médico y farmacólogo Ibn Wāfid Lajmī (m. 1075). Era toledano y protegido de Ma'mūn, quien lo puso al frente de su famoso «Huerto del Rey» (*Yannat al-Sultān*), que fue, con gran precedencia cronológica, el primer jardín botánico de Europa. Ibn Wāfid escribió un *Ma'ymūc* o «Sumario» de agricultura.

2.º Ibn Baṣṣāl, también toledano. Trabajó bajo Ma'mūn, y cuando la toma de la ciudad del Tajo por Alfonso VI pasó a Sevilla, bajo el patrocinio de Muṣtamid. No conocemos otras fechas. Era un gran practicante agrícola. Escribió una obra geopónica titulada *Dīwān al-filāḥa*, de la que hizo un compendio —*al-Qaṣd wu-l-bayān*— en 16 capítulos, identificado por Millás, esta vez con exactitud, con el segundo fragmento alfonso. Se acabó por conocer su texto árabe, editado por Millás y ^cAzimān (6). *Baṣṣāl* significa «el cebollero», pero cabe interpretar, como apuntó Colín (7), que haya que leer *Baṣṣuēl*, diminutivo mozárabe de *Baṣṣo*, nom-

(5) *Ibn Luyūn: Tratado de agricultura*. Patronato de la Alhambra. Granada, 1975.

(6) *Ibn Baṣṣāl: Libro de agricultura*, editado, traducido y anotado por J. M.^a Millás Vallicrosa y Mohamed Aziman. Instituto Muley El-Hasan. Tetuán, 1955.

(7) En *Encycl. Islām*, 2.^a ed., s. v. *filāḥa*.

bre conocido, que fue el del arquitecto de la Giralda (8). En esta hipótesis, como *baṣṣo* es «bazo» o «moreno», *Baṣṣuēl* significaría «bazuelo» o «morenito».

3.º Abū ʿUmar ibn Ḥayyāy, sevillano. Alternaba la agronomía con la gramática y con cargos religiosos (*imām*, *jaḥīb*). Hacia 1073 o 74 escribió un libro geopónico titulado *al-Mugnī* o «El suficiente». Con este título y bajo el nombre de este autor ha publicado un tomo la Academia Árabe de Jordania (9).

4.º Abū-l-Jayr, apodado «al-Šayyār» (el Arboricultor), sevillano, de biografía borrosa. En 1100 estudiaba con un médico. Se conservan fragmentos geopónicos suyos por los que se interesaron Cherbonneau y Pérès, quienes publicaron y tradujeron algunos (10). Pérès —haciéndole un honor que los demás no tienen— le dedicó un artículo en la 2.ª edición de la *Encyclopédie de l'Islām*.

5.º Ṭignarī o «el Ḥayy (= peregrino) |Granadino», natural de Tignar (aldea cerca de Albolote, Granada). Ligado a la escuela sevillana (trabajó con Ibn Baṣṣāl en Sevilla), escribió un libro de agricultura titulado *Zahr al-bustān wa-nuzhat al-adhān*, en 12 maqālas y 360 capítulos, dedicado al príncipe almorávid y gobernador de Granada Abū Ṭāhir Tamīm (m. 1125). Antes se dice que estuvo a las órdenes del último zīrī granadino, el famoso ʿAbd Allāh, cuyas Memorias he traducido en mi libro *El siglo XI en 1.ª persona*.

6.º Abū Zakariyyā' Ibn al-ʿAwwām, sevillano. Trabajaba a fines del siglo XII o comienzos del XIII, y escribió un *Kitāb al-filāḥa*, o «Libro de agricultura», en 35 capítulos, que es un resumen de los tratadistas anteriores. Como la suerte es en todo un factor esencial, esta obra la tuvo sobresaliente. Por ser la única obra geopónica árabe subsistente en El Escorial (otras perecieron en el incendio, dejando sólo huella en los viejos catálogos), la editó y tradujo —medianamente— en Madrid, 1802 (2 vols.), José Banqueri, y luego la vertió al francés —algo mejor— J. J. Clément-Mullet, París, 1864-67 (3 vols.). Durante siglo y medio ha sido, pese a sus deficiencias y confusiones, la única obra conocida de la geo-

(8) Emilio García Gómez, *La Giralda y su arquitecto*, en «ABC» de Madrid, 2 de julio de 1984, p. 3.

(9) *Al-Mugnī fī l-filāḥa li-Aḥmad b. Muḥammad b. Ḥayyāy al-Iṣbīlī*, ed. crítica por Ṣalāh ʿYirār y ʿYāsir Abū Šāfiya. Academia Jordana de la Lengua Arabe, 1982.

(10) Argel, 1946.

ponía musulmana de al-Andalus. Añadamos que es la única citada por el celeberrimo Ibn Jaldūn.

*
* *

Como se ha visto, el ciclo de la agricultura arábigoandaluza (única en el Magrib y muy superior a lo poco escrito en el Oriente musulmán) se limita a los siglos XI y XII y se centra en dos reinos de Taifas: Toledo y Sevilla. Cabe, pues, distinguir dos escuelas: la toledana y la sevillana, de las cuales la primera lleva la precedencia cronológica y la segunda disfrutó de mayor expansión y éxito. El período creador de ambas coincide con los Reinos de Taifas, los cuales, entre tantos males que trajeron sobre al-Andalus, algún tanto habían de apuntarse, aparte la poesía.

Los libros de agricultura tienen por fuerza un carácter práctico; pero la práctica ha de estar guiada por una tradición científica. Una caracterización de esas escuelas encontraríamos en la diferente dosificación de los dos elementos: experimentación personal y conocimientos libresco. En la toledana predomina el lado experimental, casi exclusivo en Ibn Baṣṣāl o Baṣṣuēl, mientras en la sevillana prima la documentación bibliográfica. Sus fuentes superan, según las citas, más de 30 autoridades. Conocían los clásicos grecorromanos desde Aristóteles a Demócrito (no el filósofo, sino el autor de una «geoponía egipcia») a Varrón y a Columela, a quien llaman *Yūnius* y es el más citado. Conocían los tratados tardoclásicos ya en la época de las traducciones del siriaco y del pehlevi, con mayor frecuencia el de Anatolio de Berytos (Beirut), a quien llaman *Antolius*. Conocían la agronomía bizantina: Cassianus Bassus (siglo VI) y la *Filāḥa rūmiyya* (o sea, bizantina) en su primera versión siriaca de Sarýīs b. Ḥiliya y luego en la árabe. Conocían la célebre falsificación que constituye la *Agricultura Nabatea* de Ibn Waḥṣiyya y las primeras botánicas árabes. No me es posible extenderme más.

Una erudita dama franco-suiza, Madame Lucía Bolens, que no es arabista profesional, pero sí gran conocedora de la historia de la técnica agrícola, nos ha explicado en un artículo titulado *La révolution agricole andalouse du XI^e siècle* (11) por qué los reyes de Taifas se interesaron por la agricultura. Era no sólo curiosidad científica, sino primordial im-

(11) *Studia Islamica*, XLVII, pp. 121-141 (1978).

posición de la economía y de la política. La desdichada fragmentación del Estado califal consentía una mayor gestión agrícola «a escala regional». Había que «volver a la tierra». La España central y meridional había sido el solar de los grandes latifundios visigodos que persistieron bajo los emires y los califas cordobeses, como, por las circunstancias históricas, habían de perdurar después con las invasiones africanas y con la Reconquista, al producirse los *Repartimientos*, para premiar a los nobles, combatientes y luego repobladores. Se trata, pues, de un pequeño paréntesis de propiedad parcelada, de minifundios, necesitados de una producción agrícola intensiva. Los siglos XI y XII, y en parte el XIII, señalan la transformación del mal explotado campo en huerto y en jardín, cosa que sólo podía hacerse por una revolución técnica, aliada con una renovación de antiguos conocimientos controlados y con una valoración psicológica de la capacidad campesina.

¿Cómo, a finales del siglo XIII, iba a escapársele a un hombre de la talla y de la previsión del Rey Sabio esta misión sociopolítica de la agricultura? Y entonces hubo que acudir a la geoponía musulmana andaluza. La cual, por lo demás, siguió siendo la teórica tabla de salvación a que agarrarse. Así se explica que otro gigante de la cultura española, el Cardenal Cisneros, encargara a Fray Gabriel Alonso de Herrera el *Libro de agricultura* (publicado en Alcalá el 1538 y en Madrid el 1545), que está, como es sabido, basado esencialmente en fuentes árabes. Y se comprende asimismo que a éstas se volvieran tardíamente los ojos de la «ilustración» regeneradora de los Borbones al patrocinar la edición y traducción de Ibn al-^cAwwām por Banqueri, bien que ésta no saliera a la luz hasta 1802.

*
* *
*

Retornemos a nuestro gran monarca. Cuando —inspirado por su innata sabiduría o aconsejado por sus competentes asesores— acudió a la agricultura arabigoandaluza por motivos a la vez teóricos y prácticos, científicos y socioeconómicos, eligió dos textos. Sobre el segundo no cabe duda alguna: fue *al-Qaṣd wa-l-bayān* de Ibn Baṣṣāl o Baṣṣuēl, representante de la escuela toledana, hombre muy práctico y poco libresco, vínculo de unión además con la escuela sevillana. Ya hemos dicho que el texto de la versión fue publicado por Millás (1948), quien además editó con ^cAzimān el original árabe completo (1955). Pero, ¿y el primer texto?

La lógica parece decir que este primer texto fuese de la otra escuela, o sea, de la sevillana, más erudita, aunque tampoco falta de base experimental. Sin embargo, su descubridor y luego editor (1943) se empeñó desde el principio en pensar que su autor era Ibn Wāfid, también toledano, basándose en muchos pasajes que Ibn al-^cAwwām inserta en su obra de un supuesto *Abencenif*, que sería errata por *Ibn Wāfid*. Cuando yo llamé la atención sobre que el original árabe de la versión alfonsí, hasta entonces desconocido, figuraba en un manuscrito marroquí atribuido a Abū-l-Jayr de Sevilla, Millás no cambió de opinión y siguió pensando en Ibn Wāfid. Prosiguió así hasta sus últimos artículos sobre el tema en *Tamuda* (I, 1953) y en *Al-Andalus* (1954). Recientemente, muchos años después de la muerte de Millás, todo el texto alfonsí publicado por Millás aparece en árabe, mezclado con otras cosas, en la edición jordana, antes aludida, del *Mugnī* de Ibn Ḥayyāy de Sevilla.

Aquí surge una nueva complicación. Aunque los editores jordanos dan por hecho que el autor es Ibn Ḥayyāy y el título *al-Mugnī*, la verdad es que sorprendentemente se trata de una pura hipótesis —no diré que gratuita, pero no basada en datos irrefutables—, porque en los tres manuscritos marroquíes que utilizan los editores, el texto aparece sin título y anónimo, como confiesan en el prólogo. De todos modos, se ve que para la autoría del original del primer texto alfonsí traducido hay tres candidatos: Ibn Wāfid, propuesto por Millás sin fundamento decisivo; Abū-l-Jayr, como consta en el impreso de Fez, bastante confuso, e Ibn Ḥayyāy, dado como seguro por los jordanos, pero que no pasa de ser una inferencia. Aparte la lógica, vemos que, democráticamente (como ahora se dice para todo), la atribución sevillana gana por dos a uno. Yo la doy, sin apenas reservas, por cierta. Ahora bien, ¿nos decidimos por Abū-l-Jayr o por Ibn Ḥayyāy?

La solución no es fácil. El impreso de Fez es misceláneo. La edición jordana tiene tantas cosas, además de nuestro texto, que parece miscelánea. Un manuscrito agrícola de la Biblioteca Nacional de París, que todo el mundo cita, es misceláneo, como lo son dos códices geopónicos que poseemos en esta Academia. El famoso Ibn al-^cAwwām de Banqueri es, bien que firmada, una miscelánea patente, confesada y confusa. Se entrevé que existía una colectánea o «corpus de agricultura sevillana», en el que se mezclaban textos de Abū-l-Jayr, de Ibn Ḥayyāy, de Ṭignarī y de otros.

La situación no es inexplicable. Valga un ejemplo que, aunque tira al absurdo, puede clarificar nuestro caso. Un libro de cocina es una colección de recetas sueltas, aunque se agrupen por tipos de guiso o por materias primas alimenticias. Puede haber una colección de autor determinado y con título fijo; pero —sobre todo en época de transmisión manuscrita— un aficionado o profesional de la gastronomía ha podido añadirla con otras recetas que en ella faltaban, procedentes de otras series también con autor, o bien desperdigadas y de distintos orígenes. Un tratado de agricultura es, claro está, más tupido y sistemático que un libro de cocina; pero el poseedor de ese tratado —persona técnica, bibliógrafa o aficionada— ha podido muy bien complementarla con textos tomados de otros tratados, por ejemplo, sobre un cultivo omitido en el primero, un procedimiento de injerto, unas reglas de zootecnia, un calendario agrícola, una noticia peregrina, un dato curioso, etc. De esta forma parece que en Sevilla acabó por formarse ese «corpus de agricultura sevillana» en manuscritos misceláneos, más o menos anónimos, formados por textos de Abū-l-Jayr, Ibn Ḥayyāy y Tignarī, a los que acabarían añadiéndose otros textos de autores menos conocidos o procedentes de los tratadistas de la escuela toledana. Ya hemos señalado que una mezcla así es la que firmó Ibn al-^cAwwām.

En resumidas cuentas: el primer texto alfonsí no es, a mi juicio, de Ibn Wāfid, sino de la escuela sevillana. Dentro de ella lo encontramos en manuscritos misceláneos, casi anónimos o atribuidos sin certeza absoluta a varios autores. Hay que excluir a Tignarī, de cuya obra tenemos códices. No los hay, en cambio, auténticos de Abū-l-Jayr ni de Ibn Ḥayyāy. Puede ser de uno u otro. La cuestión, que podrá acaso ser resuelta por nuevos hallazgos, sigue abierta, y de momento mis asertos no pasan de hipótesis.

*
* *

Acabemos resumiendo apretadamente los puntos tratados:

1.º Alfonso X el Sabio no miraba sólo al cielo, sino también al suelo: por motivos tanto científicos como sociopolíticos impulsó traducciones de agricultura árabe andaluza.

2.º Con criterio siempre acertado, eligió dos textos representativos de las dos escuelas existentes en la España musulmana: la de Toledo y

la de Sevilla, el de esta última cuando las obras geopónicas circulaban todavía por separado, antes de fundirse en un corpus de agronomía hispalense.

3.º Por tal razón, así como el texto toledano es seguro (el compendio de Ibn Baṣṣāl o Baṣṣuēl), el sevillano, aunque conocido, no puede ser atribuido con total seguridad ni a Abū-l-Jayr ni a Ibn Ḥayyāy.

4.º Las versiones, si bien reflejan un tanto el «literalismo», estudiado por Millás (12), de los traductores alfonsíes (cosa natural en los primeros pasos de la prosa castellana científica), son excelentes, castizas y perfectamente inteligibles, como hechas por personas bien elegidas por el rey o por el equipo real, y que sabían muy bien lo que traían entre manos.

5.º En estos asertos creo que hay mucho válido, aunque subsisten —sobre todo en la identificación del autor del texto objeto de la primera versión alfonsí— algunas vaguedades e hipótesis, hoy para mí insolubles.

La formulación consciente de estas dudas; que existen también —y es muy natural— en casi todos los aspectos de la inmensa producción alfonsí, es el discreto fruto de este VII Centenario de la muerte del Rey Sabio, y será un estímulo para el trabajo inmediato. Porque es de esperar que hayan logrado solución mucho antes de que nuestros sucesores celebren dentro de un siglo el VIII Centenario.

EMILIO GARCÍA GÓMEZ

ADICIÓN.—Cuando redacté de prisa este discurso olvidé mencionar un cuarto candidato a autor del texto que creo sevillano, propuesto por el erudito libanés Bachier Attié en un artículo de *Al Qanṭara*, III, páginas 299-332 [1982]. Se trataría de un Abū-l-Qāsim b. ʿAbbās al-Nahrāwī. Ahora bien, para mí ese nombre es o (casi seguro) una corrupción del de Abū-l-Qāsim ʿAbbās al-Zahrāwī, el gran médico cordobés de quien he hablado (*Albucasis*), o es el de un personaje fantasma. Es curioso cómo las bibliografías analíticas son enemigas de las síntesis claras. Otro ejemplo, de gran utilidad caótica, es el artículo, que acabo de leer, por Mujtār Hāšim, *Observaciones sobre los mss. de agricultura*

(12) *El literalismo de los traductores de la corte de Alfonso el Sabio* (en «Al Andalus», pp. 155-187, 1933).

(en árabe), apud «Revista de la Academia Arabe de Damasco», LXX-3, pp. 566-586 [1984]. Es lamentable que el señor Attié se permita hablar despectivamente de un sabio de la talla de G. S. Colin. Como me sale al paso, diré que en el tomo de *Al-Qanṭara* antes citado, inmediatamente antes del artículo libanés, hay otro muy interesante de mi amigo Joaquín Vallvé, titulado *La agricultura en al-Andalus* (pp. 261-297); pero éste trata de «la agricultura en sí misma», y no de su bibliografía.

E. G. G. [enero 1985]